

LA AUTOBIOGRAFÍA DEL 27: LOS EPISTOLARIOS*

FRANCISCO J. DÍAZ DE CASTRO
Universidad de las Islas Baleares

RESUMEN:

Las recientes celebraciones de los centenarios de varios autores del Grupo del 27 ha propiciado la publicación de numerosos epistolarios que contribuyen decisivamente al conocimiento de la compleja trama de relaciones que conforman la pequeña historia de este importante grupo de escritores contemporáneos. Se examinan una treintena de epistolarios publicados en los últimos años.

PALABRAS CLAVE:

Grupo del 27. Epistolarios.

MOT CLES:

Grupo del 27. Epistolaires.

RESUMÉ:

Les célébrations récents des centennaires de plusieurs auteurs du "Grupo del 27" ont facilité la publication de nombreux épistolaires qui colaborent décisivement à la connaissance de la trame complexe de relations qui conforme la petite histoire de ce group central de la littérature espagnole contemporaine. Il s'agit ici d'un compte-rendu commenté d'une trentaine d'épistolaires publiés pendant les derniers quinze ans.

En los últimos años nuestro conocimiento acerca de la historia privada del 27 ha experimentado un gran avance. Primero en torno al centenario de Pedro Salinas (1991) y sucesivamente en torno a Jorge Guillén (1993), a Juan Larrea (1995), a Gerardo Diego (1996) y, el presente año, a Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre y Federico García Lorca, las conmemoraciones de los especialistas han potenciado nuevos enfoques y estudios y también la publicación de abundantes cartas que contribuirán a conocer mejor las biografías, la obra y el complejo entramado de relaciones, a lo largo del tiempo, de este grupo de poetas amigos, entre sí y en relación con otros muchos artistas menores y gentes ligadas a la renovación de las artes que de una manera o de otra tuvieron que ver con aquel momento germinal de nuestra cultura contemporánea.

El conjunto de los epistolarios recuperados va formando una especie de autobio-

* Agradezco a Francisco Javier Díez de Revenga el envío de algunos materiales recientes que me han permitido completar, en lo posible, este artículo.

grafía colectiva a la que todos aportan perfiles y perspectivas complementarias y que permite recuperar, como nuevas piezas del rompecabezas de la historia, datos suficientes para añadir valor y relevancia a un fenómeno muy amplio del que la llamada “Generación del 27” fue el centro. También nos hace entender mejor qué significa esa idea de “grupo poético”, mucho más significativa y cierta en este caso concreto –como ya señalara tempranamente Jorge Guillén– que la tan discutible y vaga de “generación”.

Al margen de los datos y las historias que nos permiten conocer mejor la dimensión humana de estos escritores, ese género fronterizo que es el epistolar alcanzó de la mano de la mayoría de ellos una riqueza y una calidad literaria ejemplares. No en vano Pedro Salinas, temprano escritor de interesantísimas cartas, realizó en su bien conocido ensayo de *El defensor* una agudísima llamada de atención hacia esta otra forma de creación literaria.

Aunque no siempre añaden algo esencial al conocimiento de la obra de los escritores, las cartas son muchas veces documentos de una intimidad compartida en la que las complicidades múltiples permiten conocer lecturas y estímulos comunes, proyectos particulares de trabajo, claves a veces decisivas para interpretar ciertos textos, la crítica privada de los escritos, del corresponsal o de otros, relaciones con terceros, determinados acontecimientos. Lo que está muy claro es, en cualquier caso, que se entiende mejor la magnitud de lo escrito cuando se conoce el obrador intelectual de la persona. Como dice Christopher Maurer en el prólogo al *Epistolario completo* de Federico García Lorca [Anderson y Maurer 1997]:

un epistolario cuidadosamente editado supone un adelanto en el estudio de cualquier poeta. Permite hablar con mayor seguridad sobre su desarrollo poético o intelectual, trazar la accidentada historia de sus manuscritos y captar las intenciones que abrigaba a la hora de ponerse a escribir. Toda esa información, deducible de las cartas, rodeará al texto literario, repercutiendo, de algún modo, en su lectura.

Aunque el caso de algunos poetas –Salinas, García Lorca, Prados últimamente– los investigadores ya han recuperado abundantes materiales, es evidente que la labor recopiladora exigirá en el futuro múltiples esfuerzos, pues no basta con saber que en algunos casos –por razones familiares o de otro tipo– ciertos epistolarios localizados deben esperar a ser publicados o se guardan celosamente: tampoco es fácil seguirles la pista a los corresponsales de este grupo de poetas cuyo magisterio, en ocasiones muy duradero, actuó en múltiples direcciones y permite suponer una correspondencia ingente que se irá perdiendo irremisiblemente si no se actúa con diligencia.

Continuamente –en este mismo número de *Monteagudo*, por ejemplo– los investigadores dan a conocer nuevos documentos epistolares que irán integrando futuros epistolarios, imposibles sin el trabajo puntual de todos ellos. Yo voy a limitarme, sin embargo, a dar cuenta de algunos epistolarios recientes que constituyen importantes

aportaciones, sabiendo de antemano que en unos pocos meses la relación que sigue se quedará atrasada.

Con la edición por Solita Salinas de las *Cartas de amor a Margarita (1912-1915)* [Salinas, 1984] se iniciaba en 1984 la publicación del primer conjunto importante de cartas salinianas. De acuerdo con Solita Salinas –que no indica criterios editoriales–, entre 1912 y 1915 don Pedro escribió a Margarita Bonmatí 600 cartas de varios pliegos cada una, de las que aquí se seleccionan 104. Separados durante estos años –ella en Argelia y él en Madrid o en París–, la comunicación casi cotidiana crea una especie de diario en el que Salinas escribe el sentimiento, una temprana y honda razón de amor hecha de estímulos intelectuales y literarios y de soledad en vilo. Pese al carácter amoroso de estas cartas, el poeta se explaya a propósito de sus viajes, de sus relaciones del momento con Ortega y Gasset, acerca de los proyectos renovadores con Enrique Díez-Canedo y Fernando Fortún (para cuya antología *La poesía francesa moderna* tradujo Salinas siete poemas), y de sus lecturas de los clásicos, de Juan Ramón Jiménez o de Verhaeren, cuyos libros *Les villes tentaculaires* y *Les heures claires* elogia (al segundo lo llama, significativamente, *nuestro libro*). Otros datos no menos interesantes corresponden a sus primeros poemas, 13 de los cuales reproduce en las cartas, y a extensas reflexiones sobre poesía, como la que sigue:

no hay que clasificarse ni con la rima ni contra la rima, sino por la expresión poética: lo que mejor sirve para expresar poesía eso será bueno: no hay un arte de hacer versos: hay una poesía: cuando un artista es verdaderamente grande toda su habilidad técnica es inconsciente, mandato de la voz interior, y se funde de tal modo con la esencia poética, que no nos preguntamos si es de tal escuela, u otra, sino que sentimos la belleza que dice (pág. 193).

Pero es el epistolario cruzado entre Pedro Salinas y Jorge Guillén entre 1923 y 1951 [Soria, 1992] uno de los documentos más importantes de todo este conjunto, tanto por el riquísimo contenido de las cartas como por el ejemplar de su edición, a cargo de Andrés Soria Olmedo. Las cartas proceden del conjunto conservado en la Houghton Library de la Universidad de Harvard, que consta de 358 cartas de Salinas y 206 de Guillén, además 16 de Salinas añadidas en 1985. De esta monumental relación epistolar Andrés Soria elige “seguir el norte de lo literario” y selecciona 225, inéditas en su práctica totalidad y relacionadas con la obra de cada uno, así como las que se refieren a obras ajenas o contienen apreciaciones de orden literario o relativas a la vida intelectual de cada destinatario.

Además del imprescindible prólogo, excelente por su reflexión histórica y retórica sobre el género epistolar, Andrés Soria ha editado escrupulosamente estas cartas con doble anotación, de aspectos textuales y de información sobre el contexto. Las cartas, ordenadas cronológicamente, se han transcrito respetando los hábitos de escritura y de puntuación de cada corresponsal. Sólo se da uniformidad a los encabezamientos, las menciones de libros, artículos de revista o poemas y se desarrolla el V. (usted). Un

cómodo índice de cartas y un utilísimo índice onomástico completan la edición.

Con la cantidad de datos y referencias que aporta en las notas, Andrés Soria pone de pie la larga relación de estos dos entrañables amigos contra el telón de fondo de los acontecimientos históricos y literarios de aquellas décadas, hasta el punto de que, entre las cartas y las notas, el lector puede conocer buena parte de la historia íntima del 27 desde el ángulo doble de Salinas y Guillén: intercambios críticos sobre las propias obras, observaciones que luego reaparecen elaboradas en poemas o artículos, datos y opiniones políticas y literarias, anécdotas personales y alguna confesión –este es quizá el apartado que se nos mantiene aún discretamente en sombra–, exabruptos a veces, que no implican falta de amistad, sino explosiones naturales en la relación amistosa múltiple, como las críticas irónicas sobre “los niños” Lorca y Alberti; amistades y enemistades en evolución y noticias útiles para entender el rumbo de ciertas relaciones personales con Juan Ramón, con Doménchina o con Cernuda, comentarios privados que deben verse en su conjunto, porque en el caso de Cernuda, a pesar de algunas trapisondas a propósito de la publicación de *Perfil del aire*, a lo largo de los años tanto Salinas como Guillén tratarían de ayudarle, por ejemplo, ya el 12-XI-1930, como se desprende de esta carta de Salinas:

Cernuda quiere ir a Oxford. Está, dicho en la voz más baja, en situación espiritual desesperada. Además sin dinero, sin posibilidad de hacer nada. ¿Crees tú que Madariaga querría? Hay que contar con que prepararíamos a Cernuda en el Centro lo que fuese necesario, y él que es un hombre probo y recto, cumpliría su deber a conciencia. Las demás cualidades tuyas ya las conoces. Si no para Oxford para cualquier parte, donde sea, pero creo que es un caso de verdadera salvación. Tengo la evidencia íntima absoluta, de que ya no resiste más. Probemos a salvarle, por Dios. Habla con Madariaga cuanto antes y escríbeme. (pág. 116).

Una de las últimas aportaciones al epistolario de Pedro Salinas es la realizada por Enric Bou [1996] con su selección de un nutrido grupo de *cartas de viaje* dirigidas por Pedro Salinas entre 1912 y 1951 a múltiples corresponsales –Américo Castro, José Ferrater Mora, Jorge Guillén, Juan Guerrero, Alice Bushee, Catherine y Juan Centeno, Margarita de Mayo, Gustavo Agrait, Juan Ramón Jiménez o Ramón Menéndez Pidal– pero mayoritariamente a su mujer y a sus hijos, desde algunas de 1912 ya editadas por Solita Salinas hasta a la dirigida a Solita Salinas y Juan Marichal el 26 de abril de 1951 sufriendo los dolores de su enfermedad, escrita en Cuba, donde se va a representar su *Judit*.

Son 186 cartas editadas respetando los originales –tan sólo se regularizan acentos, grafías y citas de libros, artículos y poemas– y con notas que añaden datos o aclaran circunstancias. Un necesario índice onomástico ayuda a navegar por estas cartas, a menudo muy extensas. Añadidas a las que conocemos por los dos epistolarios anteriores y por algunas sueltas, nos confirman el atractivo perfil humano e intelectual de Pedro Salinas, son explícitas sobre su reafirmación sentimental y otros aspectos del

trato familiar y, en primer término, nos enfocan la gran curiosidad de Salinas “el atento”, como lo llamaba Jorge Guillén, un curioso en profundidad que se autorretrata al tratar de apresar en sus cartas un paisaje, un ambiente, una impresión. Como concluye Bou en su introducción,

...estas cartas de viaje no presentan una imagen nueva del escritor, sino que confirman de forma más acerada la ambivalencia y la duda del devoto escéptico ante el espectáculo de la modernidad (...) Este pasajero, observador del vivir absurdo, goloso devorador visual de las maravillas a su paso, convirtió el mundo en un museo y supo encerrarlo entre las cuatro esquinas de un marco, las cartas de viaje. En ellas se cumple el destino de todo viajero: reencontrarse a sí mismo a través de lo que ve, y darse cuenta de la grandeza de sus limitaciones y contradicciones (pág. 20)

El ardiente defensor teórico de la carta que fue Salinas demostró en la práctica sus opiniones, empleando todas sus dotes de observación y de expresión verbal certera, aguda y sintética para contar a sus destinatarios sus experiencias europeas –hasta 1936– y sus viajes por América. Con tonos cambiantes en los que unas veces predominan la simpatía, la gracia verbal, la agudeza y el humor coloquial y otras el lirismo o la reflexión inquieta, Salinas ofrece en estas cartas un panorama cosmopolita y moderno –paisajes, personas, conductas– impresionante, ya se refieran anécdotas triviales, reflejos agridulces sobre la modernidad, contactos literarios, ideas sobre la burocracia, sobre el exilio y las guerras, el interminable gozo de la contemplación de la naturaleza y el océano, primero en California y luego en Puerto Rico, o el asombro ante las grandes ciudades, como esta reflexión sobre New York, anterior al “Nocturno de los avisos”, tan cercana a las de Juan Ramón Jiménez, Moreno Villa o García Lorca, pero tan distinta:

La ciudad me desconcierta enormemente. Se pasa de un enorme lirismo de la materia bruta, a una rudeza de la materia bruta. No sé por qué he pensado en el motor de explosión. Ya sabes que el motor ese funciona gracias a un encadenamiento de pequeños estallidos sucesivos, a un rosario de explosiones. Pues bien, New York se me antoja así: procede por estallidos, por sacudidas. Violencia, todo es violento. Y claro, al lado de lo violento su indispensable contrario, lo tranquilo, lo quieto (...) Oriental y violenta es New York. De un *despotismo* de la materia sólo comparable con las torres babilónicas y las enormes estatuas asirias (¿te acuerdas del Louvre?) o las pirámides egipcias. Y junto a eso el cuarto de hotel tranquilo, sin ruido, el baño perfecto, la tienda exquisita. ¿Qué sentido tendrá todo esto en el fondo? ¿Todo quiere decir algo? ¿Qué quiere decir New York? Anoche parado frente a un inmenso rascacielos cúbico, me parecía estar ante la Esfinge. ¿Pero tendrá secreto? (“A Margarita Bonmatí”, 13-IX-1936, pág. 65)

Son Pedro Salinas y Jorge Guillén los corresponsales de Gerardo Diego en el epistolario publicado por José Luis Bernal [1996]: 163 cartas entre éste y aquéllos desde 1920 a lo largo de varias décadas, que documentan los orígenes de las relaciones con cada uno, la comunidad de ideales y de proyectos y la pervivencia de la amis-

tad por encima del hachazo de la guerra y de la divergencia de actitudes y opiniones. Con una gran cantidad de notas que esclarecen muchas referencias textuales, Bernal reproduce las peculiaridades de cada correspondencia –aclarando entre corchetes donde es preciso–, aunque corrige la acentuación y las erratas evidentes y pone en cursiva lo subrayado. Un índice onomástico completa el volumen. Las cartas de Diego son 66; las de Salinas –con quien nunca se apeó el “usted”– son 18: 17 entre 1920 y 1936 y 1 de hacia 1944; las de Guillén 79: desde 1924 hasta 1983, el año anterior a su muerte.

Entre otros documentos importantes, destaca la toma de contacto (5-II-1920) de Guillén con Diego –la intimidad de ambos desde entonces sólo la rompería la muerte– en una primera carta muy reveladora del talante del vallisoletano:

Querido amigo: Ayer mañana, el “Escorzo de Góngora”. Y hace unos días las conversaciones con José María de Cossío, en las que reaparecían su nombre y sus hechos... Y antes, tantas cosas: *Soria, Imagen...* Permítame, pues, que le llame ya amigo. Tenía deseos de escribirle nada más que para eso –para pasar de lo latente a lo explícito. Aunque esto de las generaciones es casi un mito, y casi una tontería, siento cada día más vivamente la convivencia con mis verdaderos contemporáneos–. Sí, creo en la contemporaneidad de los espíritus. leyendo, atisbando su Góngora, me siento tan aludido que ¿cómo no expresarlo, cómo no sacar esta alusión a evidencia amistosa? Lo malo es que está usted en Gijón, y yo por aquí, y las cartas son insuficientes. No importa. Escríbame. Suyo muy devoto y muy de cerca. Jorge Guillén (págs. 47-48).

El epistolario contiene numerosas anécdotas sobre la celebración gongorina y comentarios recíprocos sobre la obra de cada uno. Junto a diversas bromas, como la “Oda a Giménez Zebedeo”, de Diego, tan serio y a la vez tan aficionado a ellas (relativo y absoluto), se documentan aquí muchos aspectos de las celebraciones gongorinas y de la edición de *Poesía española contemporánea. Antología*, verdaderas fotos de familia del grupo del 27. Entre otros aspectos importantes, destacan las distintas valoraciones de los integrantes de la antología, testificadas por Diego, que aceptó incluir a Moreno y a Prados aunque no le gustaban sus poemas.

Coincidiendo también con el centenario de Gerardo Diego se han publicado 156 cartas inéditas cruzadas entre éste y José María de Cossío [Gómez de Tudanca, 1996]. Son 100 cartas de Diego pertenecientes al archivo familiar y 56 de Cossío obrantes en la Biblioteca de la Casona de Tudanca. Presentada por un hermoso prólogo de Elena Diego, esta edición respeta los originales corrigiendo sólo la ortografía y la puntuación y señalando las lecturas dudosas, anota al final todas las cartas, añade textos epistolares inéditos de diversos escritores –Azorín, Melchor Fernández Almagro, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Francisco de Cossío, José del Río Sáinz– y del propio Diego a Eugenio D’Ors y Eusebio Oliver, y se cierra con un utilísimo índice onomástico y de materias.

Entre otras aportaciones importantes, este centenar y medio de cartas ayuda a conocer mejor la temprana valía intelectual de José María de Cossío, que tuvo mucho

que ver en la dedicación de Diego a la literatura áurea, y sirve para comprobar una vez más la importancia que para los poetas del 27 tuvo –simultáneamente a sus especulaciones vanguardistas– la recuperación de otros autores de los siglos XVI y XVII distintos a Luis de Góngora, con pretexto de cuyo centenario se aglutinó el grupo: autores como Pedro de Medina Medinilla –recuperado entusiásticamente por Diego en aquellos momentos–, Lope de Vega, Fray Luis de León, Soto de Rojas, Jaúregui, Polo de Medina y tantos otros sobre los que ambos corresponsales opinan y de los que se envían copias de poemas y noticias diversas.

El peso de la correspondencia gravita sobre los años 20: 135 de las cartas se escribieron entre 1920 y 1929, y tan sólo 21 entre 1930 y 1967. La cuestión gongorina y la edición de la *Égloga* de Medinilla ocupan las cartas más destacables del epistolario, una vez asumida al inicio de la correspondencia la discrepancia en torno al ultraísmo y a la vanguardia en general, de la que vale la pena reproducir estas tempranas opiniones de Cossío, tan conservadoras como sensatas (o al revés), tras conocer los contenidos de la revista *Grecia*:

Resumo mis impresiones. En primer lugar, un poco de desilusión. Al batir el record de la extravagancia no hacen, a mi juicio, los más sino arañar en lo más externo. Un respetuoso homenaje al indudable talento de los ultraístas. Un poco de amargura por la incomprensión de ustedes. Amigo Diego, no basta admirar a D. Alberto Lista, es preciso sentir con él al unísono y con todos los que fueron y con todos los que son aun cuando escriban como hace cien años. La forma es lo más accesorio. Quintana era un pindárico y cantó la vacuna. Lo esencial no es cómo se dice, sino lo que se dice, y lo que dicen ustedes me parece –y será mi última observación demasiado fútil (14-VIII-1920, pág. 31).

Bien es cierto que Diego no deja de expresar a su amigo su entusiasmo por la nueva poesía, de contarle sus encuentros con Larrea y con Huidobro y de opinar sobre esta vertiente de su propia creación, cosa que se documenta ampliamente con importantes datos en las cartas de esos años.

A este respecto es oportuno mencionar una brevísima correspondencia de Diego con Ortega y Gasset entre 1921 y 1932 publicada por Margarita Márquez [1996]. El 9 de junio de 1921 Diego entró en contacto con Ortega enviándole una copia de *Imagen*, aún inédito, y pidiéndole su opinión y ayuda para publicarlo. En su inmediata respuesta favorable Ortega (13-VI-1921), aunque no le da esperanzas editoriales, le pide una explicación escrita de sus intenciones poéticas. A ella responde Diego (24-VI-1921) con una carta extensa, la más interesante de las cinco que aquí se editan, en la que sintetiza las poéticas del simbolismo y de la vanguardia y desarrolla algunas ideas básicas de su estética del momento, que apunta a un camino nuevo consistente en ir “a lo subjetivo por lo objetivo”, guiados por “una columna mágica”, la música, “que será siempre –bien entendida– el blanco de nuestras flechas”. En la siguiente carta, del 8 de diciembre de 1927, Diego se dirige en otro tono a Ortega, avisándole de una broma en

verso, “El espectorador y la saliva”, próxima a aparecer en la revista *Lola*. La quinta, del 8 de diciembre de 1932, es una simple nota de Ortega devolviéndole un original de años atrás, posiblemente *Imagen*.

Muy útil para documentar el gran interés de Gerardo Diego por la música, y en particular por la obra de Manuel de Falla, es el epistolario publicado por Federico Sopena [1988], que procede íntegro del Archivo Manuel de Falla. Consta de 42 cartas y postales de Diego y 23 cartas y postales más un telegrama de Falla. Se adjuntan 7 cartas de Germán de Falla desde 1950 y una de Maribel de Falla, y las 8 respuestas respectivas de Diego. Las cartas manuscritas se reproducen facsimilares y transcritas, y las mecanografiadas se reproducen. Aunque todas llevan algunas notas, la breve introducción no analiza el conjunto y se echa de menos un índice onomástico. Del mayor interés son las opiniones y noticias musicales cruzadas entre ambos y, en los momentos de la guerra civil, los breves comentarios políticos de ambos corresponsales, coincidentes en sus puntos de vista.

Son interesantísimas las cartas de Juan Larrea a Gerardo Diego [1986], editadas por Enrique Cordero de Ciria y Juan Manuel Díaz de Guereñu, que constituyen una imprescindible aportación al conocimiento del creacionismo en España. Avanzadas tres de ellas por Gerardo Diego en 1985, el epistolario completo ofrece un espléndido panorama. Los editores transcriben los textos corrigiendo sólo los errores más evidentes y respetando la peculiar puntuación de Larrea. Algunos añadidos van entre corchetes y las notas aportan detalles biobibliográficos, sin amplificar los comentarios. Tres apéndices recogen los poemas aludidos en las cartas e inéditos hasta la fecha, los comentarios de Diego a las editadas por él, algunos inéditos de Larrea conservados por Diego, las versiones francesas de tres poemas de Diego y también dos cartas y un inédito de Huidobro. 199 corresponden al período 1915-1937 y las 14 restantes reinician la relación once años más tarde, en 1948, pero son mucho más espaciadas y no tan íntimas, aunque con el paso del tiempo Larrea se va animando y vuelve a expresarse con opiniones contundentes.

Como señalan los editores, estas cartas testimonian la relación de intensa amistad que unió a ambos desde su juventud hasta la muerte de Larrea, una relación que ni siquiera rompió la divergencia política a raíz de la guerra civil. Aunque lamentablemente no contamos con las escritas por Diego, el extenso epistolario proporciona un testimonio muy denso del pensamiento poético y político de Larrea y numerosísimos juicios y comentarios sobre la poesía de ambos y la de otros, juicios que en Larrea siempre son francos y abiertos, rigurosos y nada contenidos. Muy interesantes por las fuertes convicciones vanguardistas de Larrea, tanto en lo que respecta a su propia obra como a los reproches a Diego por su eclecticismo, vemos cómo Diego tuvo en él a su crítico más fiel y severo, que nunca aceptó la duplicidad estética de éste y así se lo trató de explicar desde su personal, honda y, sobre todo, idealista visión de la poesía. Es ésta

la que canaliza, ya tardíamente, unos juicios demoledores sobre Aleixandre y sobre el propio Diego, cuya cita sirve de muestra de que las amistades de la llamada “generación de la amistad” fueron tan intensas como asimétricas:

...Vicente, cuya carta postrera fue una especie de esquila de defunción de la poesía. Inconcebible ¿verdad? Se quedó, como no podía ser menos, en el último canto de “Altazor”, sin que llegara en él a realizarse la operación metafórica o de trasbordo de la conciencia de ser del sujeto poético, que es a lo que ha tendido el impulso que intenciona a la gran poesía desde el Romanticismo. Era Vicente un “poeta faber”, inconsciente a lo hondo y absolutamente identificado con su personaje psico-físico, social. Entreabrió umbrales que a él no le era dado trasponer. No le era posible saltar de la negación de un verbo al otro Verbo positivo, lo que implicaba su propia negación.

(...) He vuelto a releer tu “Biografía [Incompleta]”, y la verdad es que me ha vuelto a suceder lo mismo. Me parece que tu gusto se ha ido depurando, pero a expensas quizá del poder adivinatorio que parecía asistirte a veces en la época del “Quién sabe”, donde la intuición psico-poética se encontraba a lo que creo, más directamente embargada por la gravitación de lo real. Por eso estimo que tu Biografía pueden ser ciertamente incompleta, al modo como lo fue la de Vicente. Carece de algo, de algo de lo que da testimonio por ausencia. Y esto es, a mi entender, lo importante. Porque imagino que tu obra da testimonio psicológico de la existencia e inminencia de ese otro Verbo a que he hecho referencia, como lo han dado, como lo hemos dado, sobre todo desde Mallarmé hacia acá, quienes hemos sido impulsados a evadirnos del lenguaje poético natural que ya de por sí era un intento primerizo de salirse del logos para andar por casa (20-VII-1954, pág. 370)

Ciertamente, no ha recibido Aleixandre ni la atención ni el cuidado editorial que merecen sus cartas, pese a la gran cantidad de ellas que escribió. En la actualidad está terminada bajo mi dirección la tesis doctoral de Irma Emiliozzi sobre el epistolario de Aleixandre a los poetas del 27 –209 cartas–, y a su bibliografía remito en un futuro próximo para una detallada reseña de las publicaciones parciales realizadas por numerosos especialistas y amigos como Gabriele Morelli, Alejandro Duque Amusco, Giancarlo Depretis, etc.

Recientemente contamos con las cartas publicadas por José Luis Cano en dos libros distintos [1986, 1992], las publicadas por Amelia de Paz [1997] y la de Charry Lara [1998], que no he conseguido localizar para este trabajo. El *Epistolario* publicado en 1986 por José Luis Cano recoge una amplia selección de las cartas a él dirigidas por Aleixandre desde Miraflores de la Sierra a lo largo de muchos veranos (1929-1976), e incluye varias que corresponden a algunos viajes de Aleixandre. Podría decirse que constituyen la voz escrita de una entusiasta conversación ininterrumpida a lo largo del año, que depende de las cartas en las temporadas de separación.

Sobre todo en los primeros años son espléndidas cartas íntimas en las que el enfermo analiza su propia soledad ardiente e “iracunda”: el peso de una intensa sensualidad gravita sobre el hombre de manera muy distinta a como protagoniza su poesía. A partir de 1953 Eva Seifert, una antigua novia de Aleixandre, acude regularmente

te a Miraflores y las cartas cambian de rumbo, abriéndose a reflexiones sobre las amadas antiguas, a noticias estivales de visitas y cartas. A partir de estos años se acusa la presencia de los poetas jóvenes: Claudio Rodríguez, Francisco Brines, Jaime Gil de Biedma, Ángel González, Valente, primero, y ya a finales de los sesenta Pedro Gimferrer, Guillermo Carnero o Antonio Colinas le visitan y le escriben.

Entre la escritura de sus soledades y de sus crecientes relaciones con los poetas que se van incorporando a la vida literaria, estas cartas –seleccionadas– dan a conocer algunos aspectos privados de la vida de Vicente Aleixandre, al hilo de sus comentarios sobre la sucesiva publicación de sus libros, de *Sombra del paraíso* a *Diálogos del conocimiento*. Sin apenas anotaciones por parte del editor, pero con un prólogo muy personal, este temprano epistolario de Aleixandre es sólo la punta del iceberg de una correspondencia que, como la de Jorge Guillén o Gerardo Diego, tardará muchos años en poderse considerar satisfactoria.

Desde los años cincuenta varias generaciones de lorquistas han contribuido a que Andrew A. Anderson y Christopher Maurer [1997] hayan podido publicar el titulado *Epistolario completo* de Federico García Lorca, “el más completo hasta la fecha”. Se trata, en efecto, de un impresionante conjunto de 531 cartas, postales y telegramas escritas por Lorca entre 1910-11 y junio o julio de 1936, que forman una especie de “autobiografía lorquiana”, en expresión de André Belamich.

Anderson y Maurer, lorquistas principales, culminan brillantemente en esta obra casi medio siglo de actividad investigadora y editorial en torno al epistolario lorquiano. Un largo proceso en el que es preciso citar, entre muchos otros nombres de quienes les precedieron en esta tarea, los de Guillermo de Torre, Rafael Santos Torroella, Jorge Guillén, Arturo del Hoyo, Antonio Gallego Morell, Mario Hernández, Gabriele Morelli, Miguel García Posada, Ian Gibson, Piero Menarini, Rafael Martínez Nadal y el del propio Maurer, que publicó en 1983 la primera suma epistolar lorquiana.

Partiendo de esta suma de esfuerzos individuales, los dos hispanistas norteamericanos logran ahora una edición modélica por varios conceptos: han localizado y cotejado los originales, o fotocopias, de la práctica totalidad de las cartas, aportando nuevas lecturas de una caligrafía a veces endiablada; han establecido por primera vez una cronología completa –Lorca fechaba poco–, de acuerdo con la cual se ordenan todos los documentos; se actualiza la ortografía, acentuación y puntuación, salvo en los poemas y otros textos literarios, “donde la puntuación, a veces, tiene un valor expresivo”, y en los títulos de obras de García Lorca aún no publicadas, respetando así la forma lorquiana de citar títulos, sin comillas ni subrayados. Respecto a las fechas se utiliza la técnica de citar con “M” el matasellos, poner entre corchetes las establecidas por los editores y no reproducir siempre la dirección del destinatario “por diversas razones”. La anotación recoge toda la información aportada en las anotaciones –propias o ajenas– de anteriores ediciones de cada carta, añade una gran cantidad de datos en muchos casos y sitúa cada

una de ellas en relación con la biografía y las alusiones literarias, políticas o culturales. Se añaden fragmentos de las cartas de los destinatarios, se identifican los poemas citados, mencionados o aludidos y se completa todo ello con un índice alfabético de nombres y procedencia de las cartas y un índice general de nombres de personas, títulos, personajes lorquianos, figuras mitológicas y santos, así como títulos de periódicos y de revistas. Se trata de un epistolario que sirve desde ahora como canon para la edición de este tipo de documentos, una labor que sólo era posible llevar a buen puerto con un conocimiento profundísimo de la inmensa bibliografía lorquiana y de la época.

En cuanto a sus contenidos es un corpus riquísimo en datos de todo tipo en el que, por ese ejercicio de indiscreción que implica la publicación de todo epistolario, nos es dado entrar secretamente en muy distintos aspectos y registros de la intimidad del poeta. Aunque a pesar de su exuberante capacidad comunicativa siempre se nos escapará mucho del corazón y la conciencia de Federico García Lorca, podemos seguir, sin demasiadas veladuras, las trazas auténticas de esa voz que se dirige a seres queridos, a amigos o a personajes variopintos a lo largo de veinte años. De acuerdo con quién sea el destinatario, el poeta adopta actitudes muy distintas, se pone máscaras, juega con las distancias del humor, compone, en fin, el repertorio de sus gestos ante el espejo de la carta. Tenemos así al Lorca familiar, siempre cariñosísimo pero con bastante frescura económica, hermético en ciertos temas y un tanto desmedido en otros; al escritor creciente que pasa de la alabanza a la argumentación y al consejo a los más jóvenes; al amigo más íntimo, que trama proyectos literarios y aventuras diversas. Por otro lado da a conocer abundantes dibujos, permite acceder a poemas luego desechados o a primeras versiones de otros, con todo lo que ello ayuda a clarificar en perspectiva biográfica el proceso de composición de algunas de las obras de un poeta que, a diferencia de Guillén, por ejemplo, no se preocupó mucho de las cuestiones editoriales.

Paralelamente estas cartas nos ofrecen mil y un matices de las dotes de observación del poeta granadino por medio de sus impresiones escritas, de sus actitudes con unos o con otros, así como la sucesión vertiginosa de proyectos y opiniones sobre pintura y dibujo muy vinculadas a sus propias experiencias y, desde luego, muy ilustrativas del interés teórico que orientaba sus realizaciones. Entre los 112 documentos inéditos que se incorporan al epistolario lorquiano, algunos sorprendentes, destaca, por ejemplo, una carta a Salvador Dalí escrita en Granada en el verano de 1930. En ella advertimos hasta dónde la complicidad le permite bromear acerca del arte nuevo a propósito de una insensata propuesta de escapada:

En enero yo tendré mucho dinero y desde ahora te invito para que te vengas conmigo a New York. Allí podrás estar seis meses y luego volverte a París o hacer el viaje conmigo a Moscú. Yo haré una exposición en New York, pues ya tengo galería y una enorme cantidad de amigos idiotas, de millonarios maricones y señoras que compran cuadros nuevos que nos harían agradable el invierno. Tú sabes que yo soy simpático personalmente. Creo que te sería útil y

que tu maravilloso espíritu vería cosas nunca vistas en esa ciudad totalmente nueva y opuesta en su forma y en su sueño al ya podrido romanticismo renovado de París. (págs. 692-693)

Lo que esta carta implica de desenfado y de distancia respecto de la sacralización del *arte nuevo* y de las perspectivas neoyorkinas añade leves pero interesantes matices a la relación de Lorca con Dalí y al concepto lorquiano de creación artística.

Mucha menor suerte editorial han tenido hasta el momento las cartas de Luis Cernuda, publicadas en no gran número en distintas revistas o publicaciones exentas por José Luis Cano, Ángel Crespo, Derek Harris, Francisco Hernández Pinzón, Rafael León, Julio López, Francisco López Estrada, E. Lozano, Joaquín Marco, Rafael Martínez Nadal, Fernando Ortiz, Octavio Paz o James Valender [Cf. Harris y Maristany, 1994]. De esas ediciones cabe destacar las publicadas en libro por Ángel Crespo [1979], Ángel Guinda [1980] y Fernando Ortiz [1981], ya bien conocidas, y las incluidas por José Luis Cano en el *Epistolario inédito del 27* publicado en 1992.

En esta edición José Luis Cano, que pocas veces añade información complementaria ni sobre la transcripción, se limita a una breve presentación informando de la relación personal con cada uno de los tres corresponsales. Las 69 cartas de Cernuda, entre 1945 y 1958, testimonian sobre todo la constante inquietud de éste por conseguir publicar sus escritos de esos años. Salpimentando las cartas una referencia al feliz episodio amoroso mejicano, contienen amargas reflexiones sobre la vejez y diversos juicios negativos sobre compañeros de grupo o sobre otros: el “botarate” de Bousoño (17-VI-1957), “aquel cretino de Max Aub (de quien la guerra civil os libró)” (10-VIII-1957), Dámaso Alonso –“Creo que ahí tenéis a dicho señor por una gran figura literaria, y para mí es, como siempre, una pomposa nulidad” (5-VIII-1948)–, Manuel Altolaguirre –“Manolo Altolaguirre, dedicado a la producción de películas, no es ya Manolo Altolaguirre. Qué pena esta destrucción con la edad de lo mejor que había en nosotros. Vengo aquí, en parte por recobrar a mis amigos de siempre, y apenas los reconozco. ¿Les pasará a ellos lo mismo conmigo?” (29-VI-1951)– o, más por extenso, sobre Emilio Prados:

Yo en realidad no conocía a Emilio Prados, aceptaba sin discutirla su leyenda. Y ahora, que tengo más años, al encontrarle, me parece que la leyenda, excepto en lo menos favorable, no corresponde a la realidad. No creo que nadie le convenza de irse a Málaga. En primer lugar México le gusta mucho, y tiene razón. Tiene además una especie de familia que él se ha formado, amigos a quienes ve a menudo, excepto cuando el humor se le vuelve contra ellos por unos días o meses. Una de mis mayores sorpresas es saberle ña y carne, ¿de quién dirías?: de Domenchina. No te inquietes demasiado, por lo tanto, de su salud ni de su soledad. (17-XI-1950).

En una carta de 27 de octubre de 1956 hay unas inquietantes instrucciones de Cernuda respecto a la destrucción de papeles suyos, que no sabemos –porque nada dice Cano– si cumpliría:

Cartas. Lléalas todas. Están en sus sobres. Escribo a Vicente por si quiere ir contigo y recoger sus cartas y las de Emilio Prados. El resto, rómpelo todo, a menos que a ti te interese guardar algunas de las cartas de Guillén, Salinas, Bergamín, etc. *Pero si debes romper la cartas de Concha Alborno y de Stanley Richardson*, amigo mío que murió en bombardeo en Londres en 1940 (...) *Te ruego me des palabra de hacer con esas cosas lo que yo te pida*, sin guardar aquello que yo te diga luego que rompas o tires.

Tranquiliza que en carta posterior (20-XII-1956) Cernuda autoriza a Cano a guardar las literarias y le pide que envíe a Diego las de éste, “como cosa tuya”. Como Cano nada comenta al respecto, el lector de este epistolario no puede saber qué pasaría con aquellos papeles de Madrid.

Escritas entre 1949 y 1983, las 65 cartas de Jorge Guillén publicadas en este mismo epistolario tienen que ver fundamentalmente con la agradecida relación del vallisoletano con *Ínsula*. Solicita a menudo informaciones y libros, trata de saber sobre la prohibición de *Clamor* en España y desliza algunos comentarios personales sobre libros o autores. Tienen el interés de complacerlos con la finura expresiva de Guillén para la sátira, el elogio y la autoironía. Por lo demás, los puntos de vista de Guillén sobre los compañeros de grupo a quienes menciona son siempre amables y a menudo claros. Incluso en el caso de Prados, a quien, como a Cernuda, considera de “los nuestros”, a pesar de su relativa distancia:

Emilio Prados. (Estoy leyendo *Signos del ser*. Emilio es el poeta más difícil de entre nosotros. ¿Nos dará Carlos Blanco el gran libro que se merece aquel *hombre*? (14-I-1963).

También vale la pena citar un par de precisiones sobre el término “Generación del 27”:

¿Generación del 27? Ya sabe usted que no creo justa esa denominación. El caso es que ese grupo de amigos ahí queda, tan campante, a pesar del juego –tan socorrido– de las llamadas “generaciones”. ¡Cuánta necedad y cuánta injusticia va inspirando ese juego! (8-VII-1970)

Si decimos “generación”, estamos perdidos, es decir, fluctuando sin límites en la vaguedad. Si decimos “grupo”, y eso fue y es lo verdadero, no cabe Larrea, amigo afín, sobre todo de Gerardo, y para nosotros, un personaje de fábula (...) En cuanto a Bergamín... Tiene usted razón. El grupo estaba formado por diez poetas, y somos ahora cinco. Y siempre independientes, pero poetas amigos (Si no se es independiente y no se es amigo...) (26-IX-80)

Destaca, y resulta divertido, el tratamiento del antiguo contencioso estético con Antonio Machado, a quien en una carta de 25 de mayo de 1976 Guillén llama “el poeta que más me gusta de nuestro siglo en España”:

No me he referido a las relaciones de Antonio Machado con nosotros, conmigo. Por eso no pregunta usted. La historia es larga (a ella hace alusión Casaldueiro en su artículo para el Homenaje de “La Torre”). Habría que tener en cuenta algunas de las obras dramáticas (hay en ellas sátira –como de Góngora en las comedias de Lope). La correspondencia con Guiomar debe de contener menciones de algunos de nosotros. ¡Si usted pudiera sonsacárselas a Pilar! ¡Madona del Pilar! (11-XII-1963).

Hay que señalar que las 40 cartas de Emilio Prados incluidas en este *Epistolario del 27* las ha vuelto a publicar José Luis Cano exentas, incorporando otras tres, con el título de *Cartas del exilio*. El editor cambia algunas fechas, que deduce del contexto, añade algunas notas y comenta en el prólogo la estrecha relación de amistad que mantuvo con Prados desde la juventud, y a lo largo del exilio, hasta su muerte. Son cartas escritas por Prados desde 1946 a 1962 y en ellas, como dice Cano, se va formando un retrato vivo, estremecido y memorable del poeta malagueño.

Aparte de las relaciones personales entre Prados y su corresponsal –"hijo mío", le llama a menudo–, con numerosas noticias familiares y datos importantes para la biografía de su exilio, los temas constantes en estas cartas son la soledad, la estrechez económica y las enfermedades, así como la decepción en los encuentros con viejos y nuevos amigos: Guillén, Alonso, Cernuda, Bousño, etc. Prados reclama constantemente que le escriban y se queja del abandono de sus amigos de España, en particular de Aleixandre. También expresa su desolación a la muerte de Moreno Villa y el interés por publicar la obra mexicana de éste, inédita por el momento. Una tristeza permanente tiñe estas cartas en las que abundan las reflexiones sobre la poesía que Prados está escribiendo en esos años, la más honda y compleja de toda su obra.

Un texto que debe recordarse es la de *Una carta fundacional de "Litoral"* [Cuevas, 1990], editada por Cristóbal Cuevas con un estudio crítico de gran riqueza informativa. La carta, dirigida por Emilio Prados a Manuel Ángeles Ortiz, la considera el editor "el más detallado y entusiasta documento fundacional" de *Litoral*, gestado desde 1925 tras la experiencia de *Ambos*. Prados informa a su amigo de que cuentan ya con poemas de Juan Ramón, Federico, Rafael Alberti y otros, y le pide un dibujo para la portada. Le indica las dimensiones de la revista y las características formales del dibujo "a pluma y el de la portada sobre todo, sin grandes sombras para conseguir su más perfecta reproducción", así como la colocación y tamaño de las letras del título. Ángeles Ortiz correspondió con el pececito que desde entonces hasta hoy mismo es el emblema de la revista, utilizado últimamente con gran libertad imaginativa por Lorenzo Saval, uno de los responsables actuales de *Litoral*.

Con todo, el epistolario más importante de Emilio Prados publicado hasta la fecha es el que cruzó con José Sanchis Banús [Díaz de Guereñu, 1995]. Entre 1957 y 1962 Emilio Prados tuvo una intensa correspondencia con este exiliado español residente en París y dirigente socialista en aquellos años. El hispanista Charles Aubrun le había sugerido, para un proyecto académico, que tomase contacto con el poeta malagueño, y muy pronto lo que se inició como cortés relación de estudioso y estudiado se convirtió en una profunda amistad.

De ella dan testimonio estas cartas, que fueron, inicialmente, base para la tesis de Sanchis Banús *45 lettres inédites d'Emilio Prados annotées et commentées* (1972). Dicha tesis no se publicaría como libro –la muerte de Sanchis-Banús en 1987 impidió

la edición de las cartas y los comentarios— y, aunque algunos fragmentos de estas cartas ya los dio a conocer Patricio Hernández en su espléndido estudio *Emilio Prados: la memoria del olvido* (1988), no han visto la luz hasta 1995 gracias a la dedicación de Juan Manuel Díaz de Guereñu, que las edita en su totalidad —en su tesis Sanchis-Banús había suprimido párrafos supuestamente molestos para ciertas personas aludidas— añadiendo las 36 escritas por Sanchis-Banús, que muestran su gran altura intelectual. La transcripción escrupulosa sólo introduce correcciones de errores evidentes y propone adiciones entre corchetes. La rica anotación aclara múltiples referencias oscuras y vuelve nítidos muchos comentarios de ambos amigos.

Tenemos acceso, así, a un diálogo como pocos se pueden encontrar en los epistolarios. Un diálogo de honda calidad intelectual que no se limita a lo personal ni al tema literario —aunque sobre éste haya importantes confidencias, como las relativas a la escasa adaptación de Prados al “grupo” del 27 y sus resquemores de los años anteriores a la guerra, cuestiones comentadas también en algunas cartas a Cano y a Cela—, sino que abunda en consideraciones intelectuales, sociales y políticas, sobre el exilio, la injusticia, el dolor y también sobre las diversas lecturas filosóficas de ambos amigos. Para el conocimiento del Emilio Prados posterior a la guerra civil estas cartas son muy valiosas. Ojalá contásemos con materiales semejantes para conocer al Prados juvenil, sobre el que apenas se sabe nada, fuera de datos biográficos no muy precisos, como señala Patricio Hernández [1997]

Sanchis-Banús apenas se refiere a su propia obra de creación —*Voz que me quedas* (1971), *Égloga a Cernuda* (1972), *Sucedidos o exorcismos* (1989), etc.— y profundiza en el diálogo por encima de lo cotidiano. Prados se apoya cada vez más en su amigo como interlocutor y como persona adecuada para la supervivencia de su obra. Para Prados la carta no es, como para otros de su grupo, un texto literario, pero estas cartas alcanzan una intensidad poco frecuente. Lo explícito de sus palabras y el minucioso análisis de los conceptos, así como la base común del institucionalismo, la idea moral de la fidelidad a uno mismo que ambos amigos sostienen a lo largo de sus cartas, las discrepancias compartidas respecto al canon del 27 establecido por Dámaso Alonso, las precisiones a regañadientes de Prados sobre sus lecturas —de Heidegger, Novalis o Hegel a los surrealistas— y sobre su particular misticismo, etc., hacen de este epistolario uno de los más interesantes del 27, un documento imprescindible para conocer mejor la persona y la obra de este gran poeta, y también para valorar la obra de un nuevo “extraterritorial” del exilio.

En 1996 y en *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, Antonio Carreira publicó con una excelente introducción las 56 cartas cruzadas entre Emilio Prados y Camilo José Cela entre 1957 y 1962. Magnífico testimonio puntual del apoyo de Cela a muchos escritores exiliados, estas cartas de Prados coinciden en diversos aspectos con las escritas a otros corresponsales. Como indica Carreira,

los avatares de su vida son los mismos si los relata a Blanco Aguinaga, a Sanchis Banús o Cela, con similares errores y vacilaciones. En cambio, el lado humano, amistoso, de Prados, con sus protestas de cariño y sus escenas de celos, se pone de manifiesto: su prosa coloquial, descuidada, lo retrata ante sus amigos como el niño grande que fue, y además prueba lo que sabe, lo reconoce y se resigna con expresión mexicana de su gusto: ‘ni modo’ (pág. 37).

En los inicios de la correspondencia Cela le pide inéditos para *Papeles de son Armadáns*, que Prados le va enviando. Poco a poco las cartas toman un tono más personal y Prados se expresa en comentarios sobre su poesía –algunos de gran importancia por cuanto fluyen paralelos a la escritura de sus últimos poemas– y a recuerdos agrídulces de sus amigos poetas. Con todo, lo más interesante es el irrealizado proyecto de homenaje al 27 que Cela pensaba titular *La generación poética del 27. Nueva antología a distancia*, y que llevaría los mismos nombres que la edición de 1932 de la *Antología* de Gerardo Diego: “si usted no quiere figurar, no hay Antología. A nadie –sino a usted– me he dirigido aún y no hay, por tanto, ninguna suerte de coacción –amistosa o de la índole que fuera– en su decisión» (26-III-1958). A lo que Prados contesta

...la verdadera negación mía, para figurar en la Antología, fue refiriéndose a la 1ª A[ntología]. Mi actitud entonces era “¡feroz!”. Yo recuerdo que le dije a Gerardo “yo no conozco a Emilio Prados”... y otras variantes del mismo tema. Cuando se iba a editar la 2ª A[ntología], me dijo Gerardo: “si no recibo carta tuya, para esta fecha, es que no deseas tomar parte en el libro”. Y yo, por flojera, lo fui dejando... Y salió el libro, con la aclaración que ya conoce. Esto, no crea que me duele, más que en el sentido de que, al cabo de tantos años, nadie sabe la verdad que ahora le digo. No me dolió entonces, porque mi “firmeza” de cuando la 1ª Antología, ya se había venido a tierra, pero ya pensaba, como hoy, que tal vez mi poesía no tenga lo que yo con toda el alma he querido darle. Pero mi actitud de ahora es distinta, en cuanto que sólo puedo decir: Ahí está lo que Dios ha querido que haga. Y, ya dicho eso, en lo demás vd. tiene la palabra. Por el recuerdo que tuvo de mi amistad, con el sol y la alondra de España, le dejaría a Vd. libertad completa para incluirme en la Antología, aunque vuelvo a decirle de verdad que dudo y me lleno de temor cuando entrego un poema (...) La “declaración estética” me aterra, porque yo ¿cómo voy a declarar un misterio del que me siento entraña? Pero cuando le escriba de ello trataré de expresar lo que *siento* con, de, en, por, sin, sobre, tras la poesía. ¡Perdóneme!.

El subsiguiente tira y afloja dio lugar a evocaciones, comentarios y precisiones de Prados que hacen de estas cartas, por lo que respecta a la antología de Gerardo Diego *Poesía española. Antología 1915-1931*, un complemento muy interesante de los datos aportados por Gabriele Morelli en su importante *Historia y recepción de la “Antología” poética de Gerardo Diego* [1997].

Antes de referirme a esta publicación he de mencionar aquí un epistolario [Hernández, 1997] que ha aparecido muy recientemente y que, a pesar de ser incompleto, aporta datos muy importantes para el conocimiento del Emilio Prados anterior a la guerra civil y su relación con García Lorca. Se trata de 9 cartas, 15 tarjetas postales

y 2 telegramas que pertenecen al archivo de la Fundación Federico García Lorca y que corresponden a tres momentos distintos: 1920-1923, 1925-1926 y 1933-34. No se han podido localizar las cartas correspondientes de Lorca, de las que Prados daba noticia a Cela. En su imprescindible “Presentación” del epistolario, Patricio Hernández sintetiza la historia de las relaciones entre Prados y García Lorca desde 1919, una historia cuyo aspecto amoroso se desvela gracias a estas cartas. Algunas de ellas, correspondientes a 1922, contienen muy hermosas expresiones de Prados que acaban convirtiéndose en quejas de amor apasionadas. Las cartas de 1926, por su parte, remiten a las ya conocidas dificultades de Prados para conseguir de Lorca originales legibles –“estoy neurasténico de traducirte del chino” (¿4-XI-1926?)– de *Canciones* y de los romances gitanos para *Litoral*. Tres cartas más –¿1933? y 1934–, seguidas de otras dos de Prados a Francisco García Lorca, cierran este breve pero interesantísimo epistolario que, pese a la falta de las respuestas de Lorca, ayuda a entender mejor las relaciones entre ambos amigos y la personalidad del malagueño.

El libro de Gabriele Morelli [1997] en torno a la historia y recepción de la antología de Gerardo Diego acumula muy valiosa información, ya publicada o inédita, acerca de esta publicación, con la que Gerardo Diego dejó sentado el canon del 27. Si nunca es ocioso tratar de ver más allá de cualquier selección antológica para conocer las líneas estéticas de fuerza y los intereses publicitarios y hasta de frente poético que la motivan, en el caso de *Poesía española* resultaba esencial trazar la larga historia de su preparación y las reacciones intensas que suscitó su salida pública. Con ejemplar minuciosidad Gabriele Morelli cuenta en este libro la larga gestación de la antología desde 1924 hasta 1932 y 1934, las mil y una gestiones de Gerardo Diego, sus esfuerzos pacientes, las reticencias de muchos, las polémicas y, sobre todo, el hacerse y contrastarse del fundamento estético de aquella gran generación. Reproduce, además, las que parecen ser la totalidad de las reseñas que el libro provocó y las cartas cruzadas desde 1934 hasta muchos años después –1971– entre los protagonistas de esta colección fundamental.

Se trata de 63 cartas cruzadas por Diego con los propietarios de Editorial Signo, Palazón y García Valdés, y de 38 cartas entre Diego y Guillén (16), Prados (1), Alberti (4), Aleixandre (5), Del Valle (1), Salinas (1), Moreno Villa (1), De Cossío (1), Fernández Almagro (1), Guerrero Ruiz (1), Espina (1), Alonso (2), Lira (1), Domenchina (1) y Rodríguez Spiteri (1). Casi todas ellas dan información importante sobre los detalles de la edición de los poemas, si bien las cruzadas con Jorge Guillén –que sobre este tema se extienden hasta 1971– contienen opiniones de Diego sobre la pertinencia de algunos nombres en el proyecto y comentarios e ironías sobre la sonada recepción de la obra, muy bien documentada por Morelli en el apartado de “Reseñas” que completa este libro.

Son pocas aún las ediciones de cartas de Manuel Altolaguirre. Contamos,

recientemente, con las *Diez cartas a Concha Méndez* que en 1989 editó James Valender y que están escritas en marzo de 1935 en Londres, donde a la sazón residían ambos. Hospitalizada Concha tras el nacimiento de su hija Isabel Paloma, Manuel Altolaguirre le escribía estas cartas que le llevaba luego en persona al hospital. Como indica Valender en su introducción, son cartas de amor en las que también Altolaguirre se explaya a propósito de su trabajo de impresor, de su proyecto teatral *Noche y día*, así como del agobio por cumplir con su compromiso de culminar los diez números de la revista *1616*. Valender propone una ordenación de estas cartas sin fecha, conservadas por Paloma Altolaguirre, y las reproduce normalizando la puntuación, corrigiendo la ortografía y anotando a pie de página algunas alusiones. Expresan la felicidad por el nacimiento de la hija –ambos habían perdido a su primer hijo en marzo de 1933–, detalles domésticos, algunas relaciones inglesas, la realización de los números IV y V de *1616*, comentarios sobre el posible estreno de *El carbón y la rosa*, de Concha, etc. No son las más interesantes de este poeta, pero algo son.

También contamos con la edición facsimilar de treinta cartas de Altolaguirre a Gerardo Diego, escritas entre 1925 a 1950 y editadas por Maya Smerdou Altolaguirre con un breve prólogo. Hablan de los comienzos de la amistad, de los proyectos editoriales de Altolaguirre –de los cuales ofrecen informaciones de interés– y añaden datos de distintos poetas y libros. Es una lástima que no hayan sido debidamente transcritas ni anotadas, y queda pendiente una edición que aclare las referencias y el contexto de estas cartas, que se publican en tres grupos correspondientes, de acuerdo con la editora, a los años de las revistas *Litoral* y *Carmen* (15 cartas fechadas entre 1925 y 1929), a los de la revista *Poesía* –5 cartas de 1930-31– y a los de *Héroe* –9 cartas fechadas entre 1932 y 1936–. Se añade una carta fechada en México en 1950.

Últimamente se han publicado dos nuevos epistolarios que mencionaré brevemente. El primero, editado por Amelia de Paz [1997], reúne hasta 20 cartas de varios poetas del grupo del 27 dirigidas a José Domenchina: dos de Jorge Guillén, tres de Gerardo Diego, dos de Dámaso Alonso y trece de Vicente Aleixandre. La editora enfoca su presentación desde una reivindicación de Domenchina quien, a su entender, “fue silenciado por los miembros de una generación pródiga en parabienes mutuos”. Ciertamente, no fue considerado un poeta amigo, como vemos, por ejemplo, en la carta de Vicente Aleixandre a Jorge Guillén (11-III-1960, facilitada amablemente por Irma Emiliozzi) en la que formalizaba Aleixandre esta distancia personal muy sencillamente:

Después de nuestras últimas cartas todavía ha muerto *otro poeta de nuestro tiempo, aunque no de nuestra generación en el sentido de grupo*: Domenchina. Había nacido el mismo año que yo. No lo vi nunca, aunque desde México me escribió algunas veces.

En realidad, Domenchina nunca se llevó muy bien con casi ninguno de estos poetas, aunque algunos como Aleixandre o Diego lo trataron por carta con deferencia.

Emilio Prados, en el exilio mexicano, mantuvo una relación constante con él, como el mismo Prados le cuenta a José Luis Cano y testimonia Cernuda, como hemos visto. La calidad poética de Domenchina, sobre todo a partir del exilio, está fuera de toda duda, pero su talante crítico en la prensa desde los años veinte, su falta de interés de publicar con los del 27 y su posterior defensa agresiva de Juan Ramón Jiménez no hicieron sino ahondar las distancias (véanse las cosas que dicen de él Salinas y Guillén en sus cartas privadas). De Paz lanza un reproche general a estos poetas por no haber alabado la poesía de Domenchina, ciertamente valiosa, y reclama “un 27 desde fuera” en un momento en que el mismo concepto de “generación del 27” está en la picota.

Estas cartas, con escaso interés documental pero bien editadas y anotadas –algunas en tono vindicativo–, son de fechas diferentes. Las de Jorge Guillén, de 1933. La primera, muy cordial, acompaña un poema para *El Sol*. La segunda agradece los dos artículos publicados por Domenchina sobre *Cántico* y le pide aclaración de algunas críticas negativas de detalle:

Yo desearía una breve nota, a manera de epílogo privado, en la que usted me señalase con precisión cuáles son, a juicio suyo, algunos de los “derrumbes”, es decir, algunas de esas palabras “fetiches”. No le pido comentarios –¡ya tiene usted derecho a descansar!– sino ejemplos.

Las tres cartas de Gerardo Diego son posteriores. Una, de noviembre de 1950, agradece la invitación a participar en la antología poética que preparaba Domenchina. Las otras dos, breves, son de 1958. En la primera acusa elogioso recibo de *El extrañado*, que Domenchina le había enviado, y en la segunda anota esquemáticamente sus proyectos de conferencias en México.

Las dos de Dámaso Alonso, también de 1958, son respuestas a la invitación a participar en la misma antología de Domenchina. En la primera Alonso se justifica por no haberle visitado en México los días que estuvo allí (de eso habla también Prados en sus cartas a José Luis Cano) y en la segunda le envía una lista de poemas de Salinas para la misma antología.

Más interesantes son las trece cartas de Vicente Aleixandre, escritas entre 1948 y 1958, porque contienen opiniones sobre los poemas de Domenchina y porque, de cara a la citada antología, Aleixandre le orienta sucesivamente con nombres concretos –Bousoño, Morales, Hidalgo, Valverde, Lloréns, Gaos, Nora, Hierro, Maruri, García Nieto, Cremer, Suárez Carreño, Cano, Costafreda, Otero, etc.– acerca de la mejor poesía joven de esos momentos, y también –Carmen Conde, Leopoldo Panero, Ridruejo, Rosales, Vivanco, Muñoz Rojas, Romero Murube y Adriano del Valle– acerca de los autores con obra publicada antes de 1936 pero que publicaron sus mejores libros con posterioridad.

Poco informativas en lo personal, estas cartas cuentan datos diversos del estado de la poesía en España, elogian las sucesivas publicaciones de Domenchina –*Exul*

umbra, Perpetuo arraigo, La sombra desterrada— y pasan de puntillas sobre los artículos de Juan Ramón Jiménez en contra de Salinas y Guillén y de sí mismo. El interés de estas cartas, por lo tanto, es mayor que el de las de Guillén, Diego y Alonso, pero el conjunto dista mucho de aportar nada sustancial a la relación de Domenchina con los poetas del grupo del 27.

Julio Neira y Alfonso Sánchez Rodríguez [1997] son, sin lugar a dudas, los dos estudiosos que mayor y mejor atención han prestado a la figura de José María Hinojosa. Recientemente han publicado ambos un epistolario del poeta en muy hermosa edición de la fundación Genesian, en la colección Hojas de Hipnos, en la que el propio Alfonso Sánchez ha publicado al mismo tiempo la *Obra Completa (1923-1931)* de Hinojosa. Ciñéndonos al *Epistolario*, vale la pena señalar que las setenta y tres cartas y postales —entre ellas una a García Lorca y otra a Guillén— recogidas en este volumen aportan datos muy valiosos para la biografía del poeta, tanto de carácter sentimental como intelectual y político.

Como señalan los editores, estas cartas no fueron escritas con intención estética ni contienen comentarios sobre su visión de la poesía. Son, pues cartas “más del hombre que del poeta”. Algunas de ellas, a Juan Guerrero Ruiz, a Rafael Porlán y a León Sánchez Cuesta, nos informan acerca de las publicaciones de Hinojosa y, sobre todo, acerca de sus lecturas. Gracias a los pedidos a Sánchez Cuesta, se puede documentar el interés por revistas españolas como *Sí, Revista de Occidente, Alfar, La Gaceta Literaria*, etc., y francesas, como *Du Cinéma, Bifur, Les nouvelles littéraires, o Commerce*, así como por libros de Hauptmann, Gómez de la Serna, la *Estética* de Croce, Saint John Perse, Apollinaire, Artaud, Cocteau, Maurois, Stendhal, Jouve, Ribemont-Desaignes, Baudelaire, Cendrars, Eluard, Vitrac, Breton, Crével, Fargue, Aragon y otros, que detallan los intereses estéticos de este poeta de obra nada desdeñable y de corta vida. Por otro lado, las cartas a Ana Freüller muestran la insatisfactoria realidad sentimental de sus últimos años y permiten acceder a un puñado de poemas amorosos inéditos. Tanto las detalladas anotaciones a cada carta como las entrevistas de Alfonso Sánchez a Ana Freüller y a Chica Gross, dos mujeres que contaron en la breve biografía de Hinojosa, completan esta magnífica edición.

Terminaré mencionando algunos epistolarios vinculados en mayor o menor medida con el grupo del 27. Nigel Dennis ha editado lo que por el título parecen ser los primeros volúmenes del epistolario de José Bergamín. El primero, con Miguel de Unamuno [1993], constituye un libro interesantísimo, tanto por las dos personalidades en diálogo como por lo que el editor añade para contextualizarlo —incluyendo ocho ensayos de Bergamín sobre Unamuno y su obra—, pero resulta atípico como tal edición de cartas: aunque sigue el orden cronológico, el contenido se agrupa en diversos temas, por lo que, como el propio editor advierte, se ve obligado a “aludir a la misma carta en más de una ocasión”, y ello para hacer más “amena” la lectura de unas cartas que, en

buena parte sólo se reproducen fragmentariamente.

El segundo [Dennis, 1995], un epistolario entre Bergamín y Manuel de Falla, responde a criterios editoriales más tradicionales. Señala el editor en la introducción que es un “epistolario completo” gracias a Falla, que guardaba todo y copiaba al carbón sus propias cartas. Ordenadas cronológicamente, se indican correcciones y se corrige la puntuación. Dennis anota al pie, a veces por extenso, y es lástima que no se incluya un índice de nombres. Se trata de 19 cartas y postales de Falla y 28 de Bergamín, que expresa elocuentemente su admiración por Falla, tanto en su dimensión artística como en la espiritual: “maestro en la música y en la fe”, lo llamaba en la dedicatoria de *Mangas y capirotos* (1933). Además del envío de una copia del “juego escénico” *Don Lindo de Almería*, que Bergamín envía a Falla, abundan las reflexiones de ambos sobre música, literatura, religión y política, centradas casi en su totalidad en cuestiones referentes a a revista *Cruz y raya*. Aparte de algunos datos interesantes aislados, como la noticia de que Jorge Guillén estaba traduciendo para la revista el texto de Paul Claudel “Sobre la presencia de Dios”, importan sobre todo las reflexiones católicas cruzadas –y tan distintas– de Bergamín y Falla y los razonamientos de ambos sobre los rumbos de la revista, que darían al traste con la colaboración de éste, en extremo ortodoxo –hasta estar en desacuerdo con la publicación del *Ars amandi* ovidiano en los anejos de la revista–.

Entre las publicaciones murcianas del Museo Gaya cabe mencionar la publicación de dos epistolarios de Cristóbal Hall, que testimonian la amistad a sus destinatarios y recrean el cariño del pintor hacia el “paraíso recoleto” de la Murcia de los años 20. El primero, a cargo de Nigel Dennis, es un conjunto de 29 cartas a Guillén (escritas entre 1925 y 1936), seguido de una semblanza de Hall a cargo de Emilio Gómez Orbaneja. El segundo, editado por Manuel Ruiz-Funes, reproduce 46 cartas, postales y telegramas de Hall a Juan Guerrero (de 1927 a 1949), una de Darsie Japp y una pequeña biografía del pintor.

Citaré, por último, dos más. Uno, el epistolario Juan Ruiz Peña a Jorge Guillén [Sáez y Domene, 1992], compuesto por 64 cartas de Ruiz Peña. El proyecto inicial era publicar además las 84 cartas de Guillén. Dificultades de autorización lo impidieron, por lo que el interés de esta publicación se reduce, considerablemente, a la fiel amistad de Ruiz Peña y a continuadas noticias de su trabajo poético. El segundo, *Cartas a Rosa Chacel* [Rodríguez-Fischer, 1992] incluye algunas cartas de Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Jorge Guillén, entre otras muchas. Testimonia la amistad y la consideración de todos ellos, en particular el agradecimiento de Luis Cernuda. Por su parte –(19-X-1976)– Guillén elogia agudamente a su paisana:

¡Cuánto me habría gustado conocer a la Rosa Chacel de su juventud! No se perdió. Está en sus libros. (Sólo frente al Cerro de San Cristóbal –le dediqué un poema– no hab[r]ía ocurrido toda esa literatura.)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTOLAGUIRRE, Maya S., ed.: Manuel Altolaguirre, *Epistolario. De Altolaguirre a Gerardo Diego*, Caballo Griego para la Poesía, Madrid, 1991.
- ANDERSON, Andrew A., y Christopher Maurer, eds.: Federico García Lorca, *Epistolario Completo*, Cátedra, Madrid 1997.
- BERNAL SALGADO, José Luis, ed.: Pedro Salinas, Gerardo Diego y Jorge Guillén: *Correspondencia (1920-1983)*, Pre-Textos, Valencia.
- BOU, Enric, ed.: Pedro Salinas, *Cartas de viaje (1912-1991)*, Pre-Textos, Valencia, 1996.
- CANO, José Luis, ed.: Vicente Aleixandre, *Epistolario*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- –, *Epistolario del 27. Cartas inéditas de Jorge Guillén, Luis Cernuda y Emilio Prados*, Versal-Cátedra, Madrid, 1992.
- –, Emilio Prados, *Cartas desde el exilio*, Pre-Textos, Valencia, 1997.
- CARREIRA, Antonio, ed.: “Cartas entre Emilio Prados y Camilo José Cela”, *El extramundi y los papeles de Iria Flavia*, II, V, 1996, pp. 11-168.
- CORDERO DE CIRIA, Enrique y Juan Manuel Díaz de Guereñu, eds.: Juan Larrea: *Cartas a Gerardo Diego (1916-1980)*, Cuadernos Universitarios Mundáiz, Universidad de Deusto, San Sebastián, 1986.
- CRESPO, Ángel, ed.: Luis Cernuda: *Cartas a Eugénio de Andrade*, Olifante, Ediciones de Poesía, Zaragoza, 1979.
- CUEVAS, Cristóbal, ed.: Emilio Prados, *Una carta fundacional de “Litoral”*, Centro Cultural del 27, Málaga, 1990.
- CHARRY LARA, Fernando. *Antología poética, seguida de cartas de Cernuda, Aleixandre y Salinas*. Prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda. Epílogo de Vicente Aleixandre, Igitur, Tarragona, 1997.
- DE PAZ, Amelia, ed.: Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y Jorge Guillén, *Cartas a Juan José Domenchina*, Centro Cultural del 27, Málaga, 1997.
- DENNIS, Nigel, ed.: *Cartas de Cristóbal Hall a Jorge Guillén*, Iberdrola-Museo Gaya, Murcia, 1992.
- –, *El epistolario. José Bergamín y Miguel de Unamuno*, Pre-Textos, Valencia, 1993.
- –, *El epistolario. José Bergamín y Manuel de Falla (1924-1935)*, Pre-Textos, Valencia, 1995.
- DÍAZ DE GUEREÑU, Juan Manuel, ed.: Emilio Prados y José Sanchis Banús, *Correspondencia (1957-1962)*, Pre-Textos, Valencia, 1995.
- GÓMEZ DE TUDANCA, Rafael, ed.: Gerardo Diego y José María de Cossío, José María, *Epistolario. Nuevas claves de la generación del 27*, prólogo de Elena

- Diego, Ediciones de la Universidad de Alcalá de Henares-Fondo de Cultura Económica, 1996.
- GÓMEZ DE TUDANCA, Rafael, y Ángel Caffarena, eds.: Jorge Guillén y José María de Cossío, *Correspondencia* (1922-1969), Ayuntamiento de Málaga-Diputación Regional de Cantabria, 1993.
- GUINDA, Ángel, ed.: Luis Cernuda: *Cartas a Bernabé Fernández-Canivell*, Publicaciones Porvenir Independiente, Zaragoza, 1980.
- HARRIS, Derek y Lluís Maristany, eds.: Luis Cernuda. *Prosa II*, Siruela, Madrid, 1994
- HERNÁNDEZ, Patricio, “Presentación del epistolario de Emilio Prados a Federico García Lorca”; Roger Tinnel, “Epistolario de E. P. a F. G. L.”, *Boletín de la Fundación Federicco García Lorca*, 21-22, diciembre de 1997 [1988], págs. 25-72.
- MÁRQUEZ, Margarita, ed.: “Correspondencia de José Ortega y Gasset y Gerardo Diego (1921-1932), *Revista de Occidente*, 178 (marzo 1996), págs. 5-18.
- MORELLI, Gabriele: *Historia y recepción de la “Antología” poética de Gerardo Diego*, Pre-Textos, Valencia, 1997.
- – , ed.: Vicente Aleixandre, *Cartas a Juan Guerrero y Jorge Guillén*, Fundación del 27, Madrid, 1997.
- NEIRA, Julio y Alfonso Sánchez Rodríguez, eds.: José María Hinojosa, *Epistolario (1922-1936)*, Fundación Genesian, Sevilla, 1997.
- ORTIZ, Fernando, ed.: Luis Cernuda: *Epistolario inédito*, Compás, Biblioteca de Asuntos Poéticos Núm.1, Sevilla, 1981.
- RODRÍGUEZ-FISCHER, Ana, ed.: *Cartas a Rosa Chacel*, Versal, Madrid, 1992.
- SÁEZ, José Antonio y Pedro M. Domene, eds.: Juan Ruiz Peña, *Correspondencia con Jorge Guillén (1934-1982)*, Batarro, Almería, 1995.
- SALINAS, Solita, ed.: Pedro Salinas, *Cartas de amor a Margarita, (1912-1915)*, Alianza Editorial, Madrid, 1984
- SOPEÑA, Federico, ed.: *Correspondencia Gerardo Diego-Manuel de Falla*, Fundación Marcelino Botín, (Guarnizo), Santander, 1988.
- SORIA OLMEDO, Andrés, ed.: Pedro Salinas/ Jorge Guillén: *Correspondencia (1923-1941)*, Tusquets, Barcelona, 1992.
- TORREGROSA, Juan Antonio: *Juan Guerrero Ruiz. Vida literaria y epistolario inédito*, pról. de Francisco Javier Díez de Revenga, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1986.
- VALENDER, James, ed.: Manuel Altolaguirre, *Diez cartas a Concha Méndez*, Centro Cultural de la Generación del 27, Málaga, 1989.
- VV. AA.: *Al amor de Larrea*, Pre-Textos, Valencia, 1985.